

Leyendas de Valparaíso

ALFONSO LARRAHONA KASTEN*

La leyenda popular, colectiva y anónima, pertenece al bagaje folclórico de los pueblos. Es un discurso literario afincado en la tradición que se comunica en forma oral. En este discurso o narración breve se entremezclan elementos reales, azarosos y mágicos.

Casi siempre, su origen se remonta a un hecho real, a veces remotísimo, el mismo que al paso de los años y ante la imposibilidad de precisar su realidad, logra contornos fabulosos debido a la fértil imaginación popular. Así se crea un mundo de sucesos, personajes y consecuencias muy extraños a la realidad, lo que impide cada vez más encontrar su 'fuente de origen'.

Algunas veces, las leyendas provienen de otras comarcas desde donde han sido traídas por inmigrantes, viajeros o trasplantados, las que con el tiempo han sido adoptadas como propias; entonces las connotaciones se hacen más difusas cada vez.

Sabido es que en las leyendas predominan los elementos fantásticos, las transformaciones, las metamorfosis, las soluciones irreales que les dan el sabor y el encanto que las caracterizan. En ellas, lo que ocurre no necesariamente debe ser explicado lógicamente. Los principios de causa y efecto no funcionan en el corazón mismo de la leyenda. Sólo lo sobrenatural puede brindarnos una respuesta para comprender todo cuanto allí acontezca.

La leyenda es considerada como buena muestra del acervo cultural y

*El autor es poeta y escritor de Valparaíso. Una reseña de su obra se encuentra en el trabajo de Claudio Solar, *Contactos literarios con Valparaíso*, en este mismo número de *Atenea*.

popular de una región, siempre debida al fantasioso espíritu que posee el pueblo, que permite relacionar sus creaciones con acontecimientos, personas o lugares de importancia.

Las leyendas seleccionadas para *Atenea* son parte de mi libro *Cien leyendas de Valparaíso*, Ediciones Correo de la Poesía, 1986, referidas no sólo al puerto que cumple 450 años de existencia, sino a toda la Quinta Región, que incluye el archipiélago de Juan Fernández y la Isla de Pascua.

PANCHO, EL OTRO NOMBRE DE VALPARAISO

En el cerro Barón, perteneciente al barrio Almendral se eleva la vetusta iglesia San Francisco, uno de los templos más antiguos, queridos y característicos de Valparaíso.

La historia nos cuenta que después de numerosos trámites y estudios se procedió a comprar las 14.000 varas de terreno que se necesitaban para la edificación del convento franciscano que se componía de una casa de ejercicios, un claustro de dos pisos y una iglesia. Esto sucedía en 1846, pero los franciscanos se trasladaron al nuevo edificio en 1851.

Los trabajos arquitectónicos de los edificios estuvieron a cargo de los padres Diego Chuffa y Septimio Begamby.

El templo posee un frontis de cal y ladrillo, cuya construcción, posterior a la torre, se realizó en 1891. Todas las construcciones quedaron terminadas recién en 1893.

Su famosa torre, verdadera atalaya de la iglesia, domina toda la ciudad, y es visible desde todos los sectores del amplio anfiteatro que es nuestro puerto.

Los marinos la ubicaban desde lejos cuando sus naves recién dirigían sus proas hacia Valparaíso, valiéndose de la torre de San Francisco como punto de referencia para enfilear sus embarcaciones. Ellos bautizaron por tercera vez a Valparaíso que comenzó llamándose Quintil antes de nominársele Valparaíso.

Los marinos, al divisar la rojiza torre de San Francisco, exclamaban: "allí está San Francisco, y los menos devotos, pero más cordiales, decían: "allá está Pancho".

Ese cariñoso nombre de "Pancho", fue repitiéndose y escuchándose tan seguido y por tanto tiempo entre la marinería, entre la oficialidad y entre la población, que echó raíces populares entre los habitantes que aceptan este sobrenombre con cierto agrado, con infantil delicia.

Así, de pronto, sin que nadie pueda decir desde cuándo, *Pancho* pasó a constituirse en el tercero y, a veces, único nombre de Valparaíso.

La torre de la iglesia San Francisco del cerro Barón, de más de cuarenta metros de altura, fue durante muchos años el único faro existente para las naves que ingresaban a la bahía porteña. Su campanario posee tres grandes campanas que miden 1,40 metro de diámetro. Están montadas en gruesos caballetes de madera, y cada uno de sus badajos pesa alrededor de cien kilos.

Este longevo templo sigue siendo una verdadera atalaya que se eleva hacia lo alto, destacando su presencia como una mano amiga ofrecida por Valparaíso a los turistas y viajeros que arriban a sus lares por tierra o por las azules aguas del Pacífico.

LA MISTERIOSA CUEVA DEL CHIVATO

En Valparaíso, en los terrenos que hoy ocupa el edificio del diario *El Mercurio*, desde 1899, existía una cueva excavada en la roca de singular origen. Algunos vecinos aseguraban que su existencia se debía a cateos mineros realizados en tiempos coloniales; otros pensaban que su origen se debía a causas naturales, posiblemente producto de la continua acción del mar; pero los más creían que su nacimiento obedecía a los invencibles poderes del demonio.

La caverna estaba situada muy cerca de unas peligrosas rompientes en donde el mar azotaba con furia. Se comentaba que allí, en ese misterioso lugar, el Diablo, transformado en un Chivo maligno, se acercaba al océano en busca de sirenas que, de tiempo en tiempo, venían hasta los roqueríos a peinar sus húmedas cabelleras.

La Cueva del Chivato, como se la denominó desde el siglo xvii, tomó posesión en la fértil imaginación del pueblo y se fue transformando en un bullente aquelarre de brujos, con poderes sobrenaturales y pleno de extraños y desgraciados acontecimientos.

Muy pronto, la Cueva del Chivato tomó dimensiones fabulosas y eran muy pocas las personas que se aventuraban de noche a pasar por su fatídico boquerón.

Ubicada en un rocoso promontorio, en el faldeo del cerro Concepción, la cueva quedaba junto al obligado camino que debían seguir quienes transitaban entre el Puerto y el Almendral, o viceversa.

La población porteña aseguraba que, de noche, se aparecía el Maligno transformado en un enorme Chivo, dueño de tan potente mirada, que podía

hipnotizar y petrificar a sus víctimas impidiéndoles cualquier intento de fuga.

Los que lograban huir, lo hacían tan desesperadamente que morían destrozados entre las abruptas rompientes o escapaban abandonando tras sí todas las pertenencias que portaban.

Al camino que pasaba por la Cueva del Chivato se le bautizó, posteriormente, con el nombre de Calle del Cabo, sendero que terminaba en la quebrada de Elías, actual plaza Aníbal Pinto.

Entre los siglos xvii y xviii, sólo un reducido número de humildes casas se levantaron en el sector que era paso obligado de jinetes, carretas, calesas y coches. Todos preferían hacer la jornada diurna, porque la nocturna arriesgaba a infortunados encuentros con el Maligno. Tanto fue el terror que creó esta leyenda que, en 1814, la policía optó por colocar un farolito sobre una estaca para brindar algo de visibilidad al rocoso promontorio.

Casi a fines del siglo xviii, don Joaquín de Villaurrutia, prestigioso comerciante vasco, adquirió todos los terrenos y casas comprendidos en la Calle del Cabo, incluyendo la misteriosa Cueva del Chivato. De inmediato, se procedió a dinamitar el peñón donde estaba situada la caverna para construir los edificios que servirían de bodegas para sus transacciones comerciales. Cuando la fortuna comenzó a sonreírle, también la desgracia comenzó a ensañarse con él. Innumerables problemas políticos, monopólicos y hasta guerreros comenzaron a preocuparlo.

Villaurrutia logró ser dueño de una fragata con la que deseaba mantener el régimen colonial, pero muy pronto cayó en poder de los patriotas durante los gloriosos acontecimientos producidos en 1821. Aun así la mala suerte siguió a la nave, la que fue destruida durante un violento temporal que la estrelló en los roqueríos que existían frente a la Cueva del Chivato en 1839.

Corría el año 1833, cuando don José de Waddington compró gran parte del cerro Concepción, incluyendo los terrenos de la Cueva del Chivato y otros de la Calle del Cabo, hoy calle Esmeralda. El comerciante inglés ordenó nuevas demoliciones del fatídico promontorio haciendo desaparecer definitivamente la legendaria cueva.

Según la tradición, los maleficios del antro maldito alcanzaron también la riqueza de Waddington muerto a los 84 años, en 1876.

Se cuenta que en 1830 un grupo de marineros ingleses ingresaron a la Cueva del Chivato expulsando de ella a un grupo de vagos y delincuentes de la peor calaña que habían ubicado allí su centro de operaciones. Ellos eran, y no otros, los autores de todos los delitos atribuidos al maléfico chivo.

El 19 de julio de 1978 un grupo de autoridades, encabezadas por el

intendente y alcalde de la ciudad, descubrieron una placa recordatoria en el lugar donde existiera la Cueva del Chivato.

EL ORIFLAMA, NAVE DE LOS AGONIZANTES

Caían las primeras sombras del 23 de junio de 1770 cuando, en las cercanías del puerto de Valparaíso, fue divisado el bizarro velero español *Oriflama*, que al mando del capitán José Antonio Alzaga y del piloto Manuel de Buenechea había zarpado, a principios del mismo año, desde el puerto de Cádiz.

El gallardo bergantín *Oriflama*, bellísima nave española, ingresó al océano Pacífico impulsado por recios vientos que presagiaron malos momentos a sus casi 300 pasajeros y tripulantes.

Sucedió que, a poco de navegar, una misteriosa epidemia provocó una horrenda mortandad entre la tripulación, la que se acentuó pronto con una escasez de alimentos que produjo una desesperada hambruna.

El capitán Juan Esteban de Ezpeleta, quien comandaba el velero *Gallardo*, ordenó disparar una salva de cañonazos en homenaje a su amigo el capitán Alzaga, quien capitaneaba al *Oriflama*. Sin embargo, desde la nave de igual matrícula nadie respondió el saludo.

Ezpeleta dio orden de alcanzar al silencioso velero presintiendo que algo grave ocurría a su bordo, pero la noche impidió su empeño. Tan sólo al otro día un bote, perteneciente al *Gallardo*, logró abordar al *Oriflama*... El espectáculo era sobrecogedor, aterrante, macabro: 194 pasajeros y tripulantes yacían muertos, diseminados entre los 106 sobrevivientes, casi todos moribundos.

Los marineros del *Gallardo* no lograron imponerse de los verdaderos motivos que produjeron tales efectos, porque los que aún daban señales de vida no podían hablar, ni siquiera moverse.

Cuando volvieron al barco del capitán Ezpeleta, contaron las verdaderas razones del silencioso recibimiento de parte del *Oriflama* y por qué la nave mantenía solamente una vela izada.

El capitán, visiblemente conmovido, ordenó el rápido transporte de víveres y medicamentos, eligiendo de inmediato 40 hombres para socorrer a las víctimas de tan brutal epidemia. Cuando la orden comenzaba a cumplirse y los botes estaban prestos a ser descolgados, un violento temporal comenzó a desencadenarse en la bahía y las naves hermanas empezaron a

separarse cada vez más. Todo el día el temporal se ensañó con el *Oriflama* y el mar tempestuoso lo convirtió en un frágil juguete de las olas.

Las primeras sombras de la tarde mostraron de él tan sólo un destartalado velero a punto de zozobrar, que apenas mostraba su arboladura en lontananza.

Pronto sobrevino la noche, una noche de aguaceros y vientos furibundos. Las jarcias y los mástiles rumoreaban una oración extraña y sobrecogedora. La tripulación del *Gallardo* pensaba que el *Oriflama* estaba irremediablemente perdido, que a esa hora sus escasos tripulantes y pasajeros habrían expirado gracias al viento frío y al aguacero.

Muchos marineros rezaron por sus compañeros y amigos para que Dios se apiadara de ellos y concediera eterno descanso a sus almas. De pronto, sucedió un alucinante acontecimiento: el velamen del *Oriflama* comenzó, misteriosamente, a ser izado y rápidamente el viento infló sus velas. Tanto y tanto se hincharon, que en breve lapso zarpó con rumbo desconocido.

El *Oriflama* encendió todas sus luces y, así engalanado, con sus mástiles y palo mayor iluminados, se alejó velozmente noche adentro.

El capitán Ezpeleta, aferrado al barandal de proa, no podía convencerse de que cuanto estaba sucediendo era realidad...

Así fue como el hermoso velero gaditano, *Oriflama*, ingresaba al misterioso círculo de los "barcos fantasmas" que de tiempo en tiempo se les aparecen a los marinos que surcan nuestro litoral.

El *Oriflama* frecuenta los puertos nacionales mostrando sus velas hinchadas, plenamente iluminado y con su macabro cargamento de 300 tripulantes y pasajeros muertos. Esta es la historia del bergantín fantasma llamado también: la "Nave de los Agonizantes".

EL CRISTO QUE DETUVO EL MAR

Corría el año 1688 cuando la costa chilena fue afectada por un fuerte sismo y numerosas salidas de mar. Valparaíso sufrió las consecuencias de un terremoto que aterró a tal punto a su población, que muchos corrieron a refugiarse en la iglesia matriz de Jesucristo El Salvador.

La gente se percató, entonces, de que el mar se había salido y avanzaba furioso por la ciudad amenazando subir las últimas gradas de la iglesia donde los damnificados rezaban bajo la dirección del cura Velázquez de Covarrubias.

Ante el inminente avance de las salobres aguas, los feligreses solicitaron

al cura bajar el inmenso crucifijo del Cristo Moribundo desde el altar en donde se le veneraba, a lo que Velásquez de Covarrubias accedió.

Cuando los feligreses bajaron el crucifijo tallado en madera, sin dejar de rezar, acudieron con él hasta la puerta de la nave central. Al ser depositado sobre las losas del atrio de la iglesia, comprobaron, asombrados, que las encrespadas aguas, que danzaban amenazantes a sus pies, comenzaban a aquietarse poco a poco, a retirarse lenta pero seguramente, tornando a su nivel habitual.

El milagro se había producido transformando a la imagen del Cristo en una de las más veneradas de Valparaíso y admirada como la más bella obra de arte que poseyera cualquier iglesia chilena.

Sin embargo, cuando sucedió el acontecimiento, la capilla se llamaba "Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes de Puerto Claro", nombre que sustentaba desde tiempos coloniales en honor a la "patrona de Valparaíso". Sólo desde el 6 de septiembre de 1868, y gracias a un novedoso y desacostumbrado plebiscito popular, la iglesia pasó a llamarse "Iglesia Matriz de Jesucristo El Salvador".

Este milagroso Cristo Crucificado, debido a la talla de un escultor japonés, en casi sus 350 años de existencia no ha sufrido ningún deterioro natural, en su pintura, por humedad, polilla o tiempo.

LA SILLA DEL GOBERNADOR

Se cuenta que, en 1759, gobernaba en Valparaíso el tirano Antonio Martínez de la Espada Ponce de León. En su casa de gobernación tenía una singular silla donde se sentaba para dictar sus decretos denigrantes y opresivos para los porteños, ganándose el odio de los mismos.

Aseguran que un elevado cerro, que sólo se ve a veces y que tiene forma de silla con sus brazos y baquetas, fue bautizado con el nombre de la "Silla del Gobernador", como un irónico homenaje a este detestable tirano.

El famoso cerro nace en la Cordillera de la Costa y termina en las cercanías de Punta de Huesos, de Pichindangui, poco antes de Los Vilos al Noreste y a 53 millas náuticas de Valparaíso.

Cuentan que dicho gobernador elevó tanto su rango, que no permitía que se le acercaran ni se le viera, lo que ocurría sólo en contadas ocasiones. A tanto llegó su sobreestimación, que la gente decía que era visible "cuando repicaban fuerte" o cuando llovía, lo que acontecía muy pocas veces en el año y sólo en invierno.

La fama del gobernador fue como la de ese cerro que, lejano y solitario, emergía entre la niebla y las nubes, solamente antes de un aguacero.

Aún hoy es visible cuando está totalmente despejado y la Cordillera de la Costa deja ver sus gastadas cumbres en lontananza. Es entonces cuando los porteños, al divisar la inconfundible silueta del cerro, exclaman: ¡La Silla del Gobernador, va a llover!

Y, efectivamente, contra cualquier otra predicción meteorológica, llueve a cántaros. Si no llueve el mismo día de su aparición, lloverá por la noche, al amanecer o al día siguiente; pero su aviso no falla.

El gobernador Antonio Martínez de la Espada Ponce de León se hizo famoso por su "Contribución de perros", disposición en la que obligaba a cada vecino a matar y llevarle dos perros o una perra para acabar con una plaga que padecía el puerto. Para quienes no daban cumplimiento a esta orden había penas de cárcel y cadenas.

Martínez de la Espada ostentaba el grado de coronel del Ejército español, y antes había sido gobernador militar de Chiloé. Vivía en el castillo de San José*, que era la Casa de los Gobernadores y estaba edificado sobre La Planchada, una batería de planchas de madera de la cual proviene su nombre.

La leyenda ha convertido a este lejano cerro en el mejor barómetro de Valparaíso.

LA VERTIENTE DE LA QUEBRADA DE JUAN GOMEZ

Antiguamente la bahía de Quintil, cuyo nombre significa Algarrobillito, estaba limitada por el norte con la quebrada de Juan Gómez (hoy, calle Carampague**) y por el sur por la quebrada de San Agustín (hoy, avenida Tomás Ramos). En dicha bahía se erigieron las primeras viviendas de los colonizadores y fue el lugar que se pobló con mayor rapidez por su espectacular ubicación frente al mar.

Se dice que, a mediados del siglo xvi (1550), el hidalgo español don

*El castillo San José, construido en 1680 contra Sharp, fue destruido el 19 de noviembre de 1822 por un terremoto.

**El 6 de septiembre de 1871, un decreto de la Intendencia de Valparaíso cambió el nombre de la quebrada de Juan Gómez por el de calle Carampague, que significa Pueblo de Canoas, quizás como un homenaje a los indios changos que murieron masacrados en aquel lugar.

Juan Gómez de Almagro fue nombrado alguacil de la ciudad y que se le consignó como el primer propietario de la quebrada que separaba los cerros de Carretas y Artillería, y de los predios adyacentes a ésta.

Las tierras que le tocaron en suerte estaban habitadas por indios changos que habían sido impelidos hasta allí por los nuevos pobladores españoles, indios pescadores, apacibles y sumisos.

Juan Gómez de Almagro, famoso como uno de los alguaciles más crueles y sanguinarios, persiguió despiadadamente a la indiada que se sabía dueña de la tierra por naturaleza, pretextando una presunta sublevación. Un día, el alguacil, mandó a sus soldados a exterminar a todos los indios que se negaron a abandonar su predio. Fue así como uno a uno fueron cayendo los infortunados indígenas degollados y quemados en hogueras hasta casi exterminar la especie. De la incruenta matanza, sobrevivió sólo una hermosa princesita que fue perseguida, cerro arriba, hasta que el arma colonizadora la abatió en lo alto de la quebrada.

Al otro día, cuando las tropas del despiadado alguacil se dieron al trabajo de sepultar a sus víctimas, no pudieron encontrar el cuerpo sin vida de la indiecita. En su lugar había surgido una pequeña vertiente de claras y frescas aguas.

Caídas las sombras, y por mucho tiempo, ese lugar fue tabú para quienes más tarde construyeron sus hogares en las empinadas laderas. Se decía que, por las noches, una mujer aparecía cerca de la vertiente y desbarrancaba a los insólitos viajeros nocturnos. Otros afirmaban que solamente su espectro, cubierto de sangre, provocaba tal impacto que los noctámbulos se desmayaban rodando cerro abajo.

Hoy, a más de 400 años de aquella terrible matanza, la historia tiende a olvidarse. Algunos informantes aseguran que la vertiente ha cambiado varias veces de lugar y que sus aguas ya no son ni tan puras ni tan frescas como antes.

LA CUEVA DEL PIRATA DE LAGUNA VERDE

Era la mañana del 5 de diciembre de 1578 cuando el *Golden Hind*, al mando de sir Francis Drake, entró al puerto de Valparaíso.

Drake había sufrido una increíble derrota de parte de los indios, quienes lo habían expulsado de la isla Mocha diez días antes. En esa ocasión, Drake había recibido un mazazo en la cabeza y un flechazo bajo el ojo derecho.

Durante tres días, el corsario y los suyos permanecieron en Valparaíso desvalijando una ciudad solitaria, cuyos habitantes sólo habían atinado a refugiarse en los cerros o internarse en los campos abandonándolo todo.

Fue entonces, cuando no satisfecho con el botín de sesenta mil duros obtenido, cometió el sacrilegio de robar en la iglesia La Matriz un cáliz de oro, un crucifijo de plata y unas vinajeras.

Cuando comprobó que los víveres y el botín eran suficientes, zarpó rumbo al norte llevándose, como rehén, a un piloto griego buen conocedor del litoral chileno.

Se cuenta que Drake, al pasar frente a Laguna Verde, un lugar costero próximo al puerto de Valparaíso, decidió ocultar parte de sus tesoros en una cueva natural formada en el muro rocoso de la costa y cuya entrada siempre estaba defendida por grandes olas.

Esta es la gruta conocida con el nombre de Cueva del Pirata, y éste es su valioso tesoro que tiene la virtud de cambiar de lugar, pues ahora se encuentra en manos de los brujos.

El 'entierro' pudo ser fácilmente descubierto por cualquiera que hubiese osado buscarlo hasta un año después del deceso del corsario. Pero nadie se aventuró en la empresa.

Se cree que el alma de Drake y la de sus camaradas de aventuras no hallarán la paz hasta que el tesoro sea encontrado.

Muchos pescadores y marinos, que frecuentemente navegan frente a la Cueva del Pirata, han divisado, por las noches, pequeñas luces azulencas que corren con desesperación a ocultarse al interior de la gruta como indicando el lugar exacto del fabuloso tesoro.



ROBINSON CRUSOE, DESTERRADO VOLUNTARIO

A fines del siglo xvii, en octubre de 1694, dos barcos de guerra ingleses el *Saint George* y el *Cinque Ports*, al mando del filibustero William Dampier, surcaban las aguas del Pacífico en persecución de galeones españoles con el fin de abordarlos.

Debido a un fuerte temporal, las naves, que navegaban frente al puerto de Valparaíso, se distanciaron notablemente. El *Saint George* se vio obligado a fondear en el puerto de Coquimbo y el *Cinque Ports* debió recalar en la isla Más a Tierra, donde tuvo que reparar serios destrozos que exhibía su casco.

La isla era un verdadero paraíso de vegetación, aves y animales. La tripulación quedó encantada del paisaje que se ofrecía a sus ojos después de tanto tiempo de navegación, y muchos marineros decidieron no volver a bordo del *Cinque Ports*.

El capitán Stradling, quien dirigía la nave, debió hacer grandes esfuerzos para capturar a su tripulación, lo que logró sólo gracias a la fuerza de las armas. Una vez embarcado el último tripulante, ordenó el rápido zarpe de la pequeña bahía en que se encontraban fondeados.

Cuando el *Cinque Ports* se hallaba en alta mar, se dieron cuenta de la ausencia del contraamaestre Alejandro Selkirk, a quien el capitán Stradling decidió abandonar temeroso de que otros hombres de la tripulación siguieran su ejemplo.

Selkirk había comenzado a navegar a los 12 años; a los 18 ya había dado varias veces la vuelta al mundo. Para la historia, la aventura que comenzaba en la isla Más a Tierra, lo convertía en su primer colono.

El joven contraamaestre poseía tan sólo: un cuchillo, un fusil, un cuerno lleno de pólvora y diez cargas de plomo. Selkirk se dedicó a leer diariamente la Biblia, a la caza y a la pesca. Habitó una caverna, la que luego cambió por una cabaña que levantó en la bahía de Cumberland, a 550 metros de altura para que, además de habitación, oficiara las veces de atalaya.

Alejandro Selkirk, el primer colono de Más a Tierra, hizo grandes progresos en breve tiempo, fabricando arpones, anzuelos, nasas, ropas, muebles y caminos. En sus continuos reconocimientos de la isla descubrió cabras salvajes, las que 120 años antes, el 22 de noviembre de 1574, había desembarcado el navegante Joao Fernández, descubridor de la isla, para que se multiplicaran y pudieran servirle, en caso de apuro, durante algún futuro desembarco.

El colono domesticó algunas cabras y loros, cultivó algunos vegetales, también debido a Fernández, y se dedicó a escribir un Diario de Vida. Poco a poco, el contraamaestre fue transformándose en un ser extraño, totalmente

diferente al osado marino que arribara a la isla. Sus vestimentas, zapatos y sombrero, fueron reemplazadas por burdos remedos confeccionados en pieles de cabras, y sus cabellos crecieron tan desmesuradamente que alcanzaban a su cintura.

Un día, y gracias a un violento temporal, las aguas trajeron hasta la bahía de Cumberland, numerosos elementos caseros provenientes de algún naufragio, entre cuyos restos apareció un indígena moreno, semiahogado, a quien el ermitaño brindó toda su atención.

Selkirk bautizó al náufrago con el nombre de Viernes, lo convirtió en su sirviente y le enseñó inglés.

Viernes fue una gran ayuda para el contramaestre que, gracias a su empleado, conoció el poder medicinal de algunas plantas y otras formas de cazar y de pescar.

Cuatro años duró el aislamiento de Selkirk. El 30 de enero de 1709, fue reembarcado por el capitán inglés Woddes Rogers, quien, desde su barco, el *Duke*, divisara la humareda de su rústica cabaña isleña.

El capitán Rogers informó al Almirantazgo inglés sobre el "caso Alejandro Selkirk", acompañando su Diario de Vida, historia que, en conocimiento del escritor Daniel Defoe, dio origen a su novela: *Robinson Crusoe*.

Selkirk, el primer colono de la isla Más a Tierra, perteneciente al archipiélago de Juan Fernández, continuó navegando hasta que la muerte lo sorprendió a bordo del *Weymouth*, en noviembre de 1720.